

Evocación de Edgar Allan Poe en su bicentenario (Universidad de Extremadura, Cáceres, noviembre de 2009)¹

Invitado por el profesor Luis Girón Echevarría al «International Edgar Allan Poe Bicentennial Conference: The Long Shadow of a Tormented Genios», dentro de la mesa redonda moderada por el profesor Santiago Rodríguez Guerrero-Strachan (Universidad de Valladolid), y con la participación en ella de Luis Alberto de Cuenca (CSIC), Agustín Villar Ledesma (escritor), Ricardo Marín Ruiz (Universidad de Castilla-La Mancha) y M.^a Dolores López Martín (Alfonso X el Sabio, Universidad de Madrid).

Imaginen un espacio frío y hostil en una ciudad con un invierno duro en un tiempo en que aún es visible el temor de una guerra incivil, algo así como una Salamanca al final de los años cincuenta del pasado siglo. Imaginen a un niño de unos doce años en pantalón corto soplándose los dedos con sabañones en el patio de un colegio de curas durante el recreo, buscando entrar sin ser visto en una de las letrinas, con un permanente tufo a excrementos y lejía. Imaginen a ese mismo niño, ya dentro, sacando de debajo de la camiseta un libro de pequeño formato, acucillado sobre el agujero de la letrina, evitando mancharse con las tiznadas paredes, tiritando de frío y de miedo. Frío, porque el viento se cuela helador entre el cemento del suelo y la base inferior de la puerta, hueco suficiente para permitir el posible paso de una rata o para facilitar el celo inquisidor de esos curas de probada fiereza, la eficiente comprobación de un uso casto de las instalaciones. Miedo, pues el recreo es un tiempo para

¹ Este texto transcribe la intervención oral del autor en el Congreso de Edgar Allan Poe organizado por el Departamento de Inglés de la Facultad de Letras de la Universidad de Extremadura en noviembre de 2009, con ocasión del Bicentenario del insigne escritor y celebrado en Cáceres.

jugar y correr y no están permitidos los corrillos ni el apartarse por parejas y, mucho menos, la soledad que exige la lectura. Él ha tomado por costumbre ese encierro clandestino porque su auténtica vida es aquella que encuentra en los libros y no la de esa ciudad plagada de uniformes y sotanas, ni la de ese colegio áspero de permanentes amenazas luciferinas de tronante voz donde le enseñan el catecismo, que aprende de memoria, bajo intimidaciones y castigos, un catecismo consistente en preguntas y respuestas. Las preguntas no son las suyas ni le interesan, las respuestas son ajenas y redondas, sin posibilidad de resquicios, cuando lo que tiene son precisamente dudas sin solución y temores sin fin. Ese niño se imagina al padre Astete, autor sin rostro del agobiante catecismo, reseco y estreñado, ardiendo en las llamas del infierno por no haber acertado a explicar lo inexplicable.

Imaginen a ese mismo niño, ya en casa, después de hacer los deberes y de haber cenado con la radio encendida. En ese país y en esos años aún no existe la televisión y en las casas se reza el rosario en familia y se escuchan las prédicas de las misiones espirituales radiadas desde el eco reverberante de la inmensa catedral, entre bisbiseos y el olor imaginado a incienso surgido del mismo incensario que sirve para sahumar tanto las imágenes, como las banderas, como los féretros en los funerales. Suenan las diez y se oye el parte, ya no de guerra pero casi, unas noticidas previsibles que siempre terminan con un Viva Franco y un Arriba España. Al niño le ha llegado la hora de irse a la cama. Pero él quiere leer y la puerta del dormitorio tiene cristales esmerilados y debe apagar la lámpara de noche y dormir. Por eso se esconde bajo las sábanas y saca el libro y lee a la luz declinante de una linterna.

Pues bien, sepan que ese niño lee la Odisea, descubriendo un mundo épico donde el héroe, Ulises, se llama Nadie, y donde se la revela por primera vez la fuerza de una metáfora al pensar en la aurora, la de los dedos rosados. Ese niño lee a Salgari y su mundo de piratas, en el que los barcos españoles eran precisamente el enemigo. Ese niño se identifica también con otro niño, inglés, llamado Guillermo Brown, aventurero, conquistador, proscrito, huraño y maravilloso en los libros de la Editorial Molino. Y un día, más bien una noche, coge de la biblioteca de su padre un libro de pastas marrones con el título de Historias Extraordinarias, de un tal Edgar Allan Poe. Esa noche lee, gozosamente espantado, «El corazón delator» y «El gato negro». Apenas puede dormir. Por la mañana, se lleva el libro al colegio escondido bajo el cinturón, y en el recreo encuentra tiempo para «La muerte roja». Y en los días sucesivos, ya no parará hasta leer y releer todas esas historias que abren para él las puertas de un infierno imaginado de dulces terrores y angustias buscadas.

Ese niño lo esperaba todo de aquello que se le brindaba y fue cogiendo un libro tras otro. Necesitaba un universo sin confines porque habitaba un país entonces miserable y estúpido, en el que cada paso y cada escalón del conocimiento eran obstáculos y celos. Desfilaba por los libros intentando olvidar ese entorno cuartelero y hostil que a él le duró treinta años. Vivió una permanente

primavera de palabras huyendo de un invierno árido, ágrafo y estéril. De entre líneas consiguió camino. Escribió poemas.

Se ve ahora en una foto, que padre guardaba entre las cartulinas negras de un álbum que lleva su nombre en el tejuelo, con los compañeros de clase, celebrando la efeméride de término del bachillerato. Tiene gesto huraño. Todos con los brazos cruzados o a la espalda. Es el único que lleva un libro escondido, que asoma por el cinturón, los poemas de Poe.

Luis Girón, como organizador del evento, y después Santiago Rodríguez, en el mensaje que me mandó como coordinador de esta mesa redonda, me sugerían que sería interesante si pudiera contar a los asistentes lo que significó Poe para mí y cómo se leyó a Poe en España. Dado mi tempranísimo descubrimiento de su obra, he tenido que recurrir a la figura de un niño deslumbrado y ya lector complusivo, para el cual cada relato de Poe supuso un asombro. Ese niño organizó los días en la rareza de una adolescencia ensimismada entre libros y lecturas, en una época en que eran síntoma de desviación y desconfianza. La crueldad de aquel tiempo de Dictadura hacía que aquella sociedad encorsetada y amordazada viera en un niño perfidias, donde sólo había afán de conocimiento. Pero así de tacaña era la larga posguerra de una guerra cainita, estancada en la ignorancia, el oscurantismo y la barbarie. Pero el amor a las palabras y la afición a las historias le otorgaron la suficiente solera para descubrirle un cierto sentido a la vida. Para él, un libro siempre ha sido una habitación privada. Para disfrute personal y exclusivo. Un egoísmo temporal y palpitante.

Aquella primera lectura de la obra de Poe la hizo en la colección Araluce, en versión para niños. Más tarde, la haría en la traducción de Cortázar. También quiso, tiempo después, leer las Historias Extraordinarias en francés, en la traducción de Baudelaire, el responsable del renombre y fama de Poe en Europa.

No me corresponde a mí rastrear en mi propia obra la posible influencia de Poe. Pero tengo pocas dudas en considerar cierto influjo por ejemplo en la narración breve titulada «Todos cautivos», perteneciente a mi libro *Velar la vida y otros relatos*. Allí, en la opresiva atmósfera de una mazmorra, donde comparten cautividad una araña y un prisionero político, puede rastrearse el tono claustrofóbico del maestro Poe. Y, curiosamente, en mi penúltimo libro, en ese libro fragmentario y desbordado titula *Razón de mudo*, que apenas nadie conoce, entre los ciento cincuenta breves relatos incluidos en él, figura este que ahora leo:

A veces, un autor no precisa palabras sino sólo un gesto; Edgar Allan Poe en su corta estancia en West Point sufría con paciencia la rigidez e inflexibilidad de ese centro militar. Las ordenanzas determinaban que en los defiles con armas los cadetes debían portar correaes blancos y guantes. Según dicen, cierto día Poe se presentó en la parada desnudo, ataviado únicamente con las armas y el cinto blanco y los guantes exigidos por el estricto reglamento. Un maravilloso gesto de reveldía. Fue expulsado.

Afortunadamente para nosotros, su genio no se conformó con los gestos y escribió una de las obras imprescindibles del XIX. La literatura lleva luto por él desde hace ya más de un siglo y medio. El delirium tremens que causó su muerte sigue teniendo eco en las lágrimas de nuestro pesar por su destrucción y prematuro fin, y en el gozo que nos causa su lectura. En la odiosa mili de nuestra juventud, se decía que a la formación del toque de diana nadie podía presentarse sin gorro, aunque por la precipitación de la llamada, al saltar del camastro de la tienda de campaña aún dentro casi del sueño, tuviera que acudirse desnudo. Con frecuencia tentados a ello, ninguno, ni el más fanfarrón, tuvo la osadía de probar si era cierto. Recuerda.

Lo de menos es que esta anécdota, como tantas otras que sobre la vida de Poe han ido naciendo y transmitiéndose a lo largo de los años, sea apócrifa. A mi me servía para poner en solfa una institución y unas obligaciones ya sin prestigio que me turbaron en lo más profundo.

Voy terminando. De los premios ganados, el Internacional de Cuentos «Miguel de Unamuno», por *Todos cautivos*, es del que me siento más satisfecho, precisamente por llevar el nombre del insigne Rector de Salamanca. Y de la mano de Unamuno y de la de Poe voy a contar una anécdota personal que servirá, creo, para dibujar mejor que mis palabras anteriores el ambiente que los nacidos en los años cuarenta hubimos de soportar en aquel país cutre, gris y represor.

Imaginen de nuevo a ese niño de pantalón corto, intuitivo y asustadizo. Ha estado leyendo, como acostumbra, libros sacados furtivamente de la biblioteca de su padre, único oasis cultural del que guarda memoria. Han llegado, como las golondrinas en primavera, los ejercicios espirituales en su colegio. Tres días de encierro en los que ahondar aún más en la idea de la eternidad, en los suplicios del infierno, en los horribles pecados de la carne y la soberbia, en la necesidad de la austeridad, la castidad y la obediencia. Ese niño se acerca al confesionario, como todos sus compañeros, en largas filas de colegiales cuya casi única y monótona confesión es dar cuenta al cura de cuántas veces han cometido pecado de pensamiento, palabra y obra contra el sexto mandamiento. Saben por experiencia todos ellos anticiparse al contenido de la penitencia: multiplican por tres el número de veces y saben el número de avemarías. Mucho más sencillo y previsible que los cálculos de Poe en *El escarabajo de oro*.

Pero el niño tiene ese día una angustia añadida: en la última charla de la tarde el predicador ha advertido del riesgo inmenso de las malas lecturas, mayor que el de las malas compañías. Y ha hablado de un catálogo de libros prohibidos llamado *Índice*, cuya lectura supone pecado mortal que sólo puede ser perdonado con especialísima licencia episcopal. Y ha mencionado algún autor que él recientemente ha conocido. La sensación de culpa, la vergüenza por tener que desvelar sus secretas lecturas, el temor por ser desenmascarado le están dando unas insostenibles ganas de orinar. Menos mal, piensa, que lo contado en confesión es secreto y no puede ser revelado. Nadie habrá de saberlo, salvo el sacerdote que le

absolverá y llevaraá el alivio a su alma y el consuelo a su cuerpo. Pero ya le toca arrodillarse ante el confesionario. Y lo hace. Y le confiera al cura que está leyendo dos libros. Uno es *Del sentimiento trágico de la vida*, en un ejemplar parcialmente intonso. El otro de las desdichas y terrores de la tortura de una mazmorra de la Inquisición en Toledo; su título *El pozo y el péndulo*, el cuento más pavoroso de los leídos hasta ese momento. No recuerda apenas las palabras escandalizadas del sacerdote, pero sí la amenaza de que aquellos espantos relatados eran apenas una brizna de los que le esperaban en el infierno de continuar leyendo libros y autores prohibidos. Sólo recuerda con claridad que no puedo soportar las enormes ganas de mear.

A los dos días exactos de estos sucesos, al regresar a casa a mediodía, encontró su padre esperándole con cara adusta. Lo llevó al despacho que albergaba los estantes repletos de libros hasta el techo. Le dijo que había traicionado su confianza. Él sabía muy bien que antes de coger un libro debía pedir su consentimiento. A continuación alcanzó el libro de Unamuno, que el niño había ya reintegrado a su lugar después de haberlo leído sin apenas comprenderlo, y lo rompió por la mitad y luego en cuartos. «Esto es lo que has conseguido» –le dijo– «tener que destrozarse una primera edición de un libro que hoy no puedes entender». De Poe nada dijo. Yo creo que de Poe no podía esperar nada especialmente malo, pese a la vergonzosa delación del cura, cuando ni siquiera estaba en el índice. Pero sabemos que, afortunadamente, ese niño siguió con sus lecturas furtivas, aunque su historia personal vino siempre marcada por episodios en los que ha padecido, incluso en tiempos muy recientes, el odioso azote de la censura y la plaga infame de la represión.

Muchas gracias por su atención.